

VIAJE DE LA LEGACION OBRERA A EL SALVADOR

En la estación

Pocas veces se ha visto una despedida tan concurrida, tan animada como la que se dió á los Delegados Obreros; al partir el tren centenares de manos se agitaban cariñosamente y de otros tantos labios salían emocionados adioses y votos sinceros que auguraban un viaje feliz.

De San José á Puntarenas.

En el tren, sacudidos como en la redoma de los líquidos iban mezclándose en aparente combinación los etérogéneos elementos de que se componían las distintas delegaciones que representarían á Costa Rica en el Centenario de nuestra hermana república de El Salvador. Llegados á Rio Grande, el Ministro como el Obrero, verificaron su democrático almuerzo comiendo de pié y con los dedos, confundidos é igualados por una momentánea cordialidad que ocultaba en aquel instante de obligados fingimientos, los prejuicios altaneros de los que se creen superiores y las toscas rebeldías de los hijos del trabajo; puede decirse que fué aquel, un momento de vivida democracia que pasó y se esfumó como las caprichosas y atrayentes combinaciones que forman las nubes en el vespertino crepúsculo de un día de verano. Concluido el almuerzo se reanudo la marcha comentando y saboreando, se puede decir, aquel acercamiento, que los hechos habían de demostrar mas tarde, que apenas había sido un sueño, una mentira, hasta que el mar con sus bramidos anunció que se acercaba el fin de la jornada ferrocarrilera.

El embarque.

En Puntarenas, dos valientes y cultos militares del ejército salvadoreño, el coronel Monterrosa y el capitán Linares, esperaban á las Delegaciones para saludarlas en nombre de su Gobierno y conducir las á bordo del vapor de guerra Santa Ana, enviado expresamente para llevarlos á la tierra cuzcatleca. Sobre la cubierta del vapor esperaban el general Mendizabal en traje de gran gala y el cultísimo caballero don Salvador González, contador del vapor, quienes hicieron gala de la exquisita cortesía que es característica en los hijos de aquel noble y heroico pueblo que tanto quiere á Costa Rica.

Navegando.

La vida de bohemios que las circunstancias impusieron durante la navegación es para descrita apenas por una pluma como la del inmortal Aquileo; una serie de peripecias y de circunstancias especialísimas daban á la cubierta de la pequeña embarcación, durante la travesía, el aspecto de una compañía de gitanos con todos los rasgos característicos de su vida en común y de sus prácticas tan alejadas de la etiqueta y del aristocrático confort; dos días tardamos para llegar á Corinto porque la falta de buen carbón impedía marchar con la rapidez normal.

En Corinto.

Es Corinto el mejor puerto de Nicaragua en el Pacífico; tiene una rada profunda de aguas tranquilas con una entrada estrecha y peligrosa que demanda la utilización de un práctico para poder penetrar en ella sin riesgo; los buques atracan al muelle y el aspecto de la población, con sus calles de arena, es algo parecido al de Puntarenas. Expléndido fué el recibimiento que las autoridades del puerto hicieron á nuestras Delegaciones, obsequiándonos con un banquete. El alto cambio y los complicados cálculos

los que las pequeñas transacciones exigen producen una extraña impresión en quien visita por primera vez el puerto. Un obrero puso un telegrama extenso y sacó del bolsillo para pagarlo un billete de un Colón de Costa Rica; cobrado el importe del telegrama se le devolvió cuatro pesos de Nicaragua, otro quiso echar una cana al aire y tuvo oportunidad de darse el taco de apuntar en su diario de viaje que había tirado en la broma cincuenta pesos (de Nicaragua se entiende).

De Corinto á Amapala.

Provistos de carbón de buena calidad y en compañía de los Delegados de Nicaragua zarpamos con rumbo á Honduras. Después de una noche de navegación empezamos á entrar en el pintoresco Golfo de Fonseca en el cual navegamos varias horas deleitando nuestra vista con aquel bellissimo paisaje, hasta llegar á Amapala asentada en la falda de un cerro que se eleva en una isla situada en el fondo del golfo. Muy pocas horas permanecimos fondeados, las que utilizamos para bajar á tierra á telegrafiar y dar una ligerísima ojeada al puerto.

De Amapala á Acajutla.

Recogidos los Delegados de aquella hermana república nos hicimos de nuevo á la mar con rumbo á Acajutla. Acomodados como sardinas verificamos la travesía supliendo con buen humor, chistes y bromas de todo género la falta de comodidades que las reducidas dimensiones de la embarcación no permitía tener; aquí hay que hacer constar, como una deuda de honor, que el Jefe del Vapor General Mendizabal, anciano de noventa y seis años, secundado por el correctísimo caballero don Salvador González hizo verdaderos prodigios por rodearnos de comodidades y hacernos agradable el viaje dejando en todos nosotros, de un modo especial el señor González, recuerdos gratísimos é imperecederos de su conducta noble y generosa.

En Acajutla.

Columpiados por las encrespadas olas de aquella rada abierta fueron ascendiendo, uno á uno, sentados en una silla é izados como fardos hasta el altísimo muelle, los Delegados; una vez todos desembarcados fuimos conducidos á los acordes de una banda, al edificio de la Comandancia donde apuramos las primeras copas de champagne á recibir á la Delegación Obrera había venido una comisión presidida por el Presidente del Consejo Federal de Obreros de El Salvador don Salvador Lucha quien á nombre de las sociedades confederadas nos dió la bienvenida.

En marcha hacia la capital.

Pocas horas después emprendimos viaje al interior en tren expreso y acompañados de la Banda, que iba ejecutando alegres marchas en todo el camino. Pronto llegamos á Sonsonate, allí nos esperaban las autoridades del lugar para ofrecernos un banquete y una comisión de la Sociedad Obrera "Rafael Campos" nos dió á nombre de ella la bienvenida. Concluido el banquete seguimos para San Salvador á donde llegamos como á las ocho de la noche.

En San Salvador

En la estación nos esperaba una muchedumbre inmensa que nos saludaba con sus vitores entusiastas y prolongados.

Las Delegaciones Oficiales fueron

recibidas por altos funcionarios del Gobierno y las Obreras por una lujosa comisión de obreros de la ciudad quienes nos condujeron en carruajes á un hotel que nos debía alojar provisionalmente por aquella noche, y en donde nos esperaba un incontable número de artesanos á que fuimos presentados por nuestros compañeros de Acajutla.

Cuando llegamos á San Salvador ya estaban allí los tres Delegados por Guatemala que habían llegado varios días antes que nosotros. Los Delegados por Nicaragua no concurren porque el Gobierno de ley de que hoy disfruta aquella República consecuentemente con las doctrinas conservadoras de los que mandan, prefirió conservarlos en la Carcel desde donde mandaron sus trabajos al Congreso. De Honduras no fueron más que dos porque allí también pasa algo como en Nicaragua; llega al Poder el General Manuel Bonilla electo por unanimidad, con las carceles atestadas de ciudadanos independientes, la mayor parte artesanos, y el país despoblado por la emigración. Así pues el Congreso lo formaron tres Delegados por Guatemala, tres por El Salvador, dos por Honduras y tres por Costa Rica total once en vez de quince que debieron ser.

Cambio de domicilio.

Al día siguiente (2 de noviembre) fuimos trasladados al cómodo y elegante hotel "El Aguila" en donde fuimos espléndida y finamente atendidos por sus propietarios señores Villaseñor y Sánchez quienes llevaron sus atenciones con nosotros hasta el extremo de dedicarse á buscar piezas musicales de autores costarricenses para que la magnífica orquesta que tenían amenizara, ejecutándolos nuestras horas de permanencia en el hotel y á imprimir menús llamativos con alusiones á nuestra Delegación Costarricense y á vestir con trajes que adornaban los colores de nuestra bandera á simpáticas *mengalitas* contratadas expresamente para nuestro servicio.

Recepción en el Palacio

Presidencial.

Sin darnos tiempo para preparar debidamente nuestros trajes, fuimos notificados de que el señor Presidente había señalado á las 2 p. m. de ese mismo día para recibirnos.

Conocedores del pleito homenaje que este caballero tributa á la etiqueta esperabamos que se nos recibiría sin apartarse un ápice de las reglas que la rigen, pero desgraciadamente no sucedió así pues el señor Araujo que tiene de los obreros salvadoreños un concepto injurioso, cometió la grosería de hacerlo extensivo á las Delegaciones Obreras en aquel momento en que la cortesía y la cultura exigían de él otro proceder, recibiéndonos vestido con un traje impropio y obsequiándonos con una copa del licor más barato que encuentro en plaza.

Presentación de Credenciales

A las 7 p. m. se verificó el acto público de la presentación de Credenciales ante el Congreso Supremo de las Sociedades confederadas y con asistencia del Alcalde de San Salvador Dr. Don José Chica quien pronunció el discurso de estilo. Los Delegados nombraron para que contestara en nombre del Congreso al Diputado por Costa Rica don Gerardo Matamoros cuyo discurso lleno de pensamientos elevados y de frases bellas fué estrípitamente aplaudido.

Día 3

Desde el amanecer el domicilio de la Delegación obrera costarricense fué invadido por comisiones de las diversas asociaciones obreras confederadas que se sucedían unas á otras á presentar sus respetos y adhesión, por obreros que lo hacían particularmente y por multitud de personas de todas las otras clases sociales que se presentaban con igual objeto.

Inauguración del Congreso.

Acto imponente que tuvo lugar á las cuatro de la tarde en el edificio de la "Sociedad de Artesanos" de San Salvador cuyos amplios salones fueron ocupados por el Sr. Presidente de la República y su gabinete, las delegaciones de los cuatro estados de Centro América, Facultades de Derecho, Farmacia y Dentistería, Estudiantes, Cuerpo Diplomático y periodistas etc.; los obreros ocupaban las galerías patios, y la calle. Abrió el acto el Sr. Presidente declarando instalado el primer Congreso Obrero Centro Americano. Enseguida ocupó la tribuna el Delegado por el Salvador Sr. Don José Mejía; pronunció un bonito discurso alusivo al acto. Le sucedió en el uso de la palabra el Delegado por Costa Rica Don Lesmes Sáurez quien puso de relieve los sentimientos del pueblo y el acendrado cariño que los obreros costarricenses tienen por sus hermanos los obreros salvadoreños. Manifestó además sus más fervientes deseos por la unión de los obreros centroamericanos y por el buen éxito de las labores del Congreso á ellos encomendada. Reseñó además la forma en que sus compatriotas habían hecho la elección y el esfuerzo meritorio de restarle centavos á sus jornales para llevar al lugar de sus afectos una delegación que no expresara la voluntad del gobierno sino la altivez é independencia de sus representantes. Aquella hermosa revelación del carácter costarricense fué recibida con demostraciones de entusiasmo y vitores á Costa Rica; allí no se aplaudían las vibraciones de su discurso sino la actitud cautivadora de los obreros de esta nación.

Le sucedió en el uso de la palabra el Delegado Hondureño don Victor Carías que trazó una pieza literaria de bella forma y delicado gusto. Acto continuo ocupó la tribuna el Delegado por Guatemala Don Manuel Gutiérrez quien pronunció un discurso laudatorio á la figura enteca del Dr. Araujo que provocó disgusto en el auditorio.

El Delegado por Costa Rica Don Gerardo Matamoros con un discurso protesta exhibió tristemente la actitud servil de su predecesor que fué recibido con aplausos entusiastas; dijo que los costarricenses no eran antiunionistas, pero que jamás contribuirían á secundar las bastardas intenciones de los tiranos de Centro América, que al proclamar la unión, lo que pretendían era ensanchar el aria de sus dominios y multiplicar el número de sus esclavos. El orador descendió de la tribuna en medio de atronadores aplausos. Terminó la reunión con vivas á Costa Rica. Antes de retirarse la concurrencia fue obsequiada con una copa de champagne.

Día 4.

Labores del Congreso.

Se abrió la sesión á las 7 a. m. con asistencia de los señores Don Abel Ciudad Real, Don José Mejía y Don Pedro Miguel Meléndez, representantes por el Salvador; Don Gerardo Matamoros, Don Juan Ramón Bonilla y Don Lesmes Sáurez por Costa